

YO VOY SOÑANDO CAMINOS

Yo voy soñando caminos
de la tarde. ¡Las colinas
doradas, los verdes pinos,
las polvorientas encinas!...

¿Adónde el camino irá?

Yo voy cantando, viajero
a lo largo del sendero...

-la tarde cayendo está-.

“En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancármela un día:
“ya no siento el corazón”.

Y todo el campo un momento
se queda, mudo y sombrío,
meditando. Suenan el viento
en los álamos del río.

La tarde más se oscurece;
y el camino que serpea
y débilmente blanquea
se enturbia y desaparece.

Mi cantar vuelve a plañir:
“Aguda espina dorada,
quién te pudiera sentir
en el corazón clavada”.

Tras una primera lectura, se perciben dos características principales en la poesía de [Antonio Machado](#): la sencillez de su literatura y la presencia del paisaje; características en las que coincide con otros autores noventayochistas. También coincide con estos en el uso del verso octosílabo, recuperado de la métrica tradicional castellana.

No está claro en el poema el motivo de tanta angustia, por ello hay que recurrir a las claves de la época y a la biografía de Machado para que aporten algo. No es éste un poema modernista, sino más bien se sitúa en la línea de esas composiciones grises de principios de siglo que quieren huir de la anécdota y de la retórica propias del Modernismo, en las que los poetas expresan su pesar ante los temas de siempre: el hombre, la vida, el destino, el amor, el tiempo. Este poema huele más a Romanticismo que a Modernismo y tiene características de ambos: de aquél, el tono melancólico y triste, de cierta angustia contenida que no termina de estallar (en esto se parece mucho a Bécquer); del Modernismo tiene la sonoridad de algunos versos (“Suenan el viento de los álamos del río”).

El poema respira un aire de melancolía, una honda pasión clavada en el corazón. Veamos el mensaje:

- a) Hay una descripción del paisaje que se expresa en las estrofas uno, cuatro y cinco.
- b) En las estrofas dos, tres y cinco, se manifiesta el dolor a través de la canción del “yo”, que emerge como sujeto en medio del paisaje para expresar su opinión sobre algún aspecto de la vida.

El verso corto es un buen soporte para la angustia. Las estrofas utilizadas son la redondilla y la cuarteta, con rima consonante y esquema métrico como sigue: 8a 8b 8a 8b; 8a 8b 8b 8a.

En la primera estrofa aparece la tarde, de la que se describen tres elementos iguales morfológicamente: cada uno con sus tres adjetivos, “doradas, verdes, polvorientas”. En ese paisaje aparece el “yo” cantante, por el sendero, al atardecer (otra vez), que emite notas de dolor. En la cuarta estrofa, otra vez el paisaje con otra adjetivación, “mudo y sombrío”; suena el viento y la tarde (otra vez) se oscurece. Nueva adjetivación para el camino antes de que vuelva a aparecer el “yo” cantante: “que serpea, se blanquea, enturbia y desaparece”. Con cada adjetivo, sus correspondientes sustantivos que permiten una amplia descripción paisajística. El elemento tarde es insistente, por lo que debemos pensar que es algo más que una parte del día: es el ocaso, es el fin de algo, una crisis. Desde luego, no es la noche, que es peor. La tarde podría ser, metafóricamente, el alma; también el alma es el paisaje y ni una ni otro producen alegría, más bien profunda tristeza, desánimo “la tarde cayendo está”. Notamos además el presente de los verbos, los gerundios que indican acciones que suceden constantemente, y la combinación de ambos que da como resultado un presente eterno “yo voy soñando...”

Paisaje y alma son uno, lo que supone una personificación constante en todo el poema. Otra metáfora más, clave, es la espina clavada en el corazón, imagen muy actual, muy en uso cuando hablamos de un dolor que se padece.